

Giudicelli, Christophe. 2003. *Pour une Géopolitique de la Guerre des Tepehuán (1616-1619). Alliances Indiennes, quadrillage colonial et taxinomie ethnographique au nord-ouest du Mexique.* París, Centre de Recherche sur l'Amérique Espagnole Coloniale. Université de la Sorbonne Nouvelle, 174 páginas.

La conquista de los territorios americanos supuso algunas transformaciones importantes en la vida de los pueblos originarios. La invasión continental no solo enfrentó a los indígenas con problemas de nuevo cuño: agentes biológicos para los cuales aquellos no estaban preparados, imposición de nuevas formas de organización socio-políticas, etc; además, provocó, en buena medida, la pérdida de su identidad. El ejercicio de reconstrucción histórica del derrotero de las comunidades indígenas americanas debe sortear el obstáculo metodológico, en pos de poder brindar un acertado panorama de las realidades políticas americanas, de la imposición identitaria que los españoles llevaron adelante durante los procesos de conquista y ocupación del espacio. Junto a este problema se encuentra el uso, muchas veces acrítico, de categorías como “rebelión”, que sin pretenderlo remite directamente a las imágenes que los conquistadores brindaban de los pueblos; es decir que niega *a priori* la legitimidad de las acciones políticas indígenas así como la complejidad de las mismas. Estos son algunos de los problemas que aborda el trabajo que comentamos.

La denominada *Rebelión de los Tepehuanes (1616-1619)* es un hecho histórico mediante el cual podemos conocer el accionar y composición étnica, de las denominadas «naciones» indígenas hispano-americanas. Aquí ya nos topamos con un problema de difícil resolución ¿Qué catalogaban los conquistadores como nación? y, ¿aquellas alianzas que los indígenas implementaban como respuesta a las transformaciones violentas que los colonizadores implementaban, eran realmente una manifestación cristalina de la natural indolencia de los indígenas? Ambas preguntas tienen su respuesta en el primer capítulo donde podemos tomar conocimiento de que aquello que los conquistadores percibieron como un mundo indígena atomizado no era nada más que un intento de “etnificación” de los grupos, con el objetivo de poder poner orden en un mapa geográfico y mental que los colonizadores pretendían comprender y controlar. La profunda movilidad de las alianzas

políticas y la fluidez de las identidades étnicas muestran la gran articulación de los grupos involucrados en el levantamiento lo cual, a su vez, nos permite cuestionar las ideas sobre las fronteras -en el sentido de demarcadoras de diferencias- existentes entre los distintos grupos indígenas. Esta idea de frontera como demarcando diferencias creadas por los colonizadores apuntaba a una necesidad administrativa urgente más que a un afán de conocimiento etnográfico de los habitantes de Nuevo México; por lo tanto, no debemos dejarnos seducir por las categorías con las que los conquistadores ordenaron el nuevo mundo. Debemos tratar de ordenar las categorías mismas para poder echar luz sobre esas realidades sociales que los conquistadores desarticulaban. No obstante, los cronistas españoles pronto cayeron en la cuenta de que esas realidades político-sociales por ellos creadas poco tenían que ver con las realidades políticas amerindias. La guerra que se desató, junto con el levantamiento, pronto los convenció de que aquello no era más que una imagen falsa del mundo que creían conocer y controlar, a los efectos de administrar más efectivamente el trabajo de los indígenas en los establecimientos productivos de las fronteras de la Nueva España. Siguiendo este tópico se analiza la creación de la nación de los Salineros (pp. 61-90), nombre impuesto por los encomenderos durante la década de 1640 a un grupo de tepehuanes a los que se les atribuían todos los hechos violentos producidos en las porciones orientales de Nueva Vizcaya.

Los capítulos II y III están dedicados en exclusividad al análisis de la guerra desatada en 1616, poniendo énfasis en las dificultades que los administradores coloniales tuvieron para identificar a los violentos como pertenecientes a la nación tepehuana, ya que las alianzas indígenas habían puesto sobre el tapete la inutilidad de los esfuerzos de catalogación de los españoles. En las guerras, además de percibirse el talento diplomático de los tepehuanes, aparecían en el campo rebelde los acaxéé, los cora, los tarahumaras, etc. mostrando la continuidad del mundo indígena que seguía existiendo a pesar de los intentos taxonómicos de los conquistadores. Estas alianzas movilizadas por la guerra nos dejan ver, al igual que a los conquistadores, que el mundo indígena poseía una continuidad cultural que nada tenía que ver con el modelo de separación que se les había querido imponer. Los distintos grupos indígenas, que los administradores habían agrupado bajo el nombre de distintas naciones, se encontraban unidos por alianzas matrimoniales y políticas que generaban un mundo indígena sumamente complejo.

Las conclusiones de este trabajo señalan que por más que las fuentes con las que contamos para reconstruir la historia de los grupos indígenas nos den un “claro” panorama étnico, debajo de él siempre se encuentra una riqueza social velada. La guerra de los tepehuanes no solo los tuvo a ellos como actores, un conjunto extenso de pueblos indígenas participó del alza-

miento. La guerra, con su maquinaria, nos demuestra que no podemos confiar en la grilla clasificatoria con la que los españoles pretendían catalogar a los indígenas. Lejos de la rigidez que se pretendía demostrar, las alianzas indígenas nos ponen delante de un mundo por demás móvil con una lógica por demás compleja.

En resumen, se trata de un trabajo de ágil lectura que se enfoca en un problema muchas veces desatendido por la historiografía: la lógica de las acciones políticas indígenas; lógica que en más de una oportunidad es negada en análisis que nos presentan el pasado de los indígenas desde ópticas muy cercanas al discurso que elaboraron los administradores coloniales, para quienes las guerras eran solo eran una manifestación de la natural indolencia indígena. Como lo demuestra de manera excelsa Giudicelli, las guerras indígenas son un tamiz a través del cual podemos adentrarnos tanto en las estructuras políticas indígenas como en las formas alternativas que poblaciones nativas americanas ensayaban frente a los procesos de control social que sobre ellos se quería imponer.

CARLOS D. PAZ*

* IEHS-UNCPBA / CONICET, e-mail: paz_carlos@yahoo.com